

EL YAYO

Lourdes Aso Torralba

Isaac Llesurt rejuveneció con su jubilación. Ya sin las prisas de las jornadas laborales, se aplicó en la redacción de la solicitud de ingreso en la Universidad, ante la mirada expectante de los suyos, que lejos de apoyarlo, veían en esa conducta algo de desvarío, mucho de capricho pasajero y cuarto y mitad de frustración al dejar de sentirse útil. ¿Para qué mentir? Era viejo. El reuma y la artrosis lo habían vuelto lento. Y su neurólogo le había diagnosticado una enfermedad degenerativa con pérdida de capacidades y memoria.

-Haga crucigramas. Intente leer el periódico. Revise viejos álbumes de fotos. Conseguirá retrasar los efectos secundarios.

A Isaac Llesurt ganas le dieron de pegar un puñetazo en la mesa. Hacía todo eso y cada vez las lagunas eran más habituales. Le costaba encontrar el portal de casa, olvidaba nombres y dudaba si alguna vez había trabajado repartiendo cartas, cuando todavía se escribía con tinta y pluma de ganso.

Solo una cosa tenía clara. Si la Universidad preparaba a uno para la vida, allí era donde tenía que ir.

El Comité de evaluación de las candidaturas de los aspirantes estaba perplejo. Jamás antes Harvard University había recibido una petición de tales características. El debate se prolongó durante horas entre quienes querían darle una oportunidad y quienes hablaban de una pérdida de tiempo. También salió a colación el severo problema sobre si deberían adaptar el ritmo de sus clases para que el yayo *grandfather* (así lo habían apodado amistosamente) no se sintiera discriminado.

Lo que definitivamente decantó la balanza fue esa hipótesis con la que parecía estar retándolos a devanarse la sesera. Hablaba sobre la absoluta ignorancia de los que se decían eruditos en el campo de la neurología (el cerebro se resistía a desvelar sus misterios) al afirmar que las lesiones sobre la sustancia blanca cerebral no podrían impedirle entender los conceptos de Bioquímica y Biotecnología de las Ciencias de la Fermentación. Aseguró a pie de página que podía demostrar en primera persona el error empírico que contenía el diagnóstico (más hace el que quiere que el que puede) y, aunque los Catedráticos dudaban, sentían enorme curiosidad por la progresión de un alumno que, de entrada, rompía todos los moldes. Estamparon el sello de admisión.

El primer día de clase Isaac Llesurt no sabía cómo vestirse, si con traje y corbata, el único que tenía para las bodas, comprarse unos vaqueros con rotos en la tela y zapatillas brillantes o marchar con lo de siempre, ya seguro de que llamar la atención iba a ser inevitable. Estaba nervioso, la cosa no era para menos. A su alrededor, las niñas que podían ser sus nietas, olían a colonia de fresa y los chavales aún llevaban acné en las mejillas imberbes. Observó a esos jóvenes como si él hubiera parado el tiempo en aquella edad. Venían dispuestos a enamorarse, a divertirse, memorizar conceptos, aprobar los exámenes y a Isaac le temblaron las piernas. Se había perdido mucho de todo eso. Él no había tenido la oportunidad de ir a la Universidad en su día, y ahora, rozando los setenta, la pisaba por primera vez como alumno de pleno derecho.

Isaac Llesurt se consiguió sitio en la primera fila de la bancada. Su oído ya no era el que fue. Apuntes no tomaba porque los profesores hablaban demasiado deprisa y su pulso titubeante no era rápido. Se limitó a escuchar. Incluso se echó una pequeña siesta cuando dejó de interesarle la materia. Abrió la boca para discrepar en un intenso debate sobre el capitalismo de Marx, dejó sin habla al profesor de Álgebra al asegurar que tenía la solución al teorema de Fermat sin siquiera la técnica del descenso infinito variante del principio de inducción. Pero lo que más sorprendió al conjunto de

Catedráticos fue la agilidad mental para el cálculo infinitesimal y cómo lo relacionaba con sucesos históricos tales como el número de soldados de infantería que pronunciaron la palabra no, como negación de todo lo conocido durante el desembarco de Normandía.

No, Isaac Llesurt no parecía loco. Hacía los deberes por la noche. Leía los libros recomendados. Transportaba hojas de papel escritas en alemán, en chino o en inglés, todas con anotaciones en los márgenes por haberlas estudiado a fondo.

En el ir y venir del profesorado por la sala de reuniones (café rápido y cotilleos de última hora) no se hablaba de otra cosa, del yayo y de su gran vitalidad.

Y como si se invirtieran los papeles, en el campus aparecía el coche del hijo que venía a recoger a su padre a la salida de las clases. De cuando en cuando intercambiaba un saludo con los alumnos y, el resto del tiempo aguardaba con la nariz pegada al ordenador.

-¿De espera? Su padre no tardará en salir. Les vi ir al Laboratorio de prácticas y se estarán demorando con el experimento.

-Ya –dijo como para ser educado nada más.

-¿Y usted ve bien lo de su padre? ¿En serio es cierto eso de la degeneración neuronal?

Más silencio. Aguardaba como todos a que llegara la evaluación del proceso de aprendizaje. En los primeros exámenes el yayo obtuvo un aprobado y, aunque le costó llegar hasta el panel de notas y encontrar su nombre en la lista, saltó tan contento como todos los demás.

Una gripe afectó al yayo después de los exámenes de febrero. Lo que parecía solucionarse con una semana de reposo se prolongó una más por la complicación de neumonía que, a sus años, lo dejaron para el arrastre. Algunos jóvenes lo mantenían al día con los apuntes e incluso se tomaron la molestia de fotocopiarlos y hacérselos llegar a casa, como en el instituto. Habían hecho una porra con apuestas no muy elevadas sobre si el yayo sería capaz de aprobar todo en junio o cuantas le quedarían para septiembre y nadie quería perder los euros que podían haber destinado a cervezas. Veían en el yayo al propio abuelo de cada uno y les resultaba tan excitante tenerlo de compañero que le habían tomado cariño.

Fue el profesor adjunto de Patología quien a final de curso tuvo que leer varias veces su trabajo escrito. Exponía de manera impecable la secuencia deductiva que establecía que un fragmento de proteína llamado A-beta amiloide se acumula en los cerebros de pacientes con Alzheimer y solo eliminando esta molécula se podría frenar la progresión de la enfermedad. Para Isaac Llesurt sus neuronas que tenían capacidad de expresarse lingüísticamente, estaban sufriendo estrés, la palabra mágica utilizada por todos los galenos cuando no sabían ponerle apellido al asunto. Por lo demás, conectaban bien, no sufrían esclerosis múltiple, ni durante el proceso de mielinización de los axones había errores de revestimiento. Todo ello venía documentado con imágenes computerizadas de lóbulo parietal y occipital y por extraño que pareciera, conformaban un alegro de Beethoven escrito en el pentagrama en la escala de do mayor, anomalía nunca observada antes, por lo que se trataba del descubrimiento único.

El profesor adjunto Grömberg imaginaba el epígrafe del artículo: “Estímulos patológicos detectados en resonancia en cerebro afectado de demencia según la teoría del doctor Arthurs Grömberg”. Pecó de avaricia al intentar apropiarse del mérito ajeno. Era obvio que debía estar firmado por su autor, Isaac Llesurt, por mucha rabia que le diera. Enseguida convocó al Claustro de Profesores con urgencia extrema. Tras la puesta en común todos se sintieron orgullosos del alumno más viejo de Harvard University, aunque de haber sido factible, les habría gustado abrir la cabeza del yayo en dos y estudiar su interior a fondo.

Incluso el neurólogo que meses antes se había aventurado a recomendarle tareas simples tuvo que desdecirse. En la medicina dos y dos nunca eran cuatro. Y menos desde que las televisiones nacionales cubrían la noticia del año.

“Un abuelo aquejado de Alzheimer ha sido capaz de superar el curso académico con notables resultados. Asegura que la Universidad le ha rejuvenecido, sobre todo desde que su tesis de fin de curso ha sido publicada en las más prestigiosas revistas médicas por contener un avance en el campo de la neurología. Isaac Llesurt desafía a la ciencia despertando su genialidad en medio del caos neuronal”.

Frente al televisor, el yayo sonreía. No sabía muy bien por qué, pero le parecía que hablaban de él. ¿Acaso esa no era su fotografía? Salió de la Universidad preparado ya para la muerte, bien seguro de que su nombre formaba parte de los anales de la historia.